

Haití. Continúan los problemas

Robert Maguire

El ataque al Palacio Nacional del 17 de diciembre puso sangrientamente de manifiesto las fuerzas regresivas que pueden llegar a moverse junto con la oposición al presidente Aristide. El contexto sigue siendo de falta de recursos materiales y políticos, previéndose una acentuación de conflictos y enfrentamientos.

« La gente civilizada no acecha entre los matorrales para apoyar golpes de Estado terroristas». Así se expresó el presidente haitiano Jean-Bertrand Aristide el 1º de enero de 2002, durante su discurso del Día de la Independencia en el Palacio Nacional de Puerto Príncipe, en donde 15 días antes, en horas de la madrugada, presuntamente tres docenas de comandos fuertemente armados habían intentado dar un golpe contra su gobierno. «El pueblo ha sufrido demasiado», continuó Aristide, «ha dicho que de ninguna manera quiere ir a esconderse de nuevo. Queremos vivir en paz y debemos tener paz». Al condenar la violencia, y refiriéndose al actual

ambiente de cinismo político que reina en el país «destilando el virus de la división», el presidente pidió a los haitianos que «lucharan por su país en lugar de luchar entre sí». Lamentablemente, mientras Haití entra en el nuevo año, a la lucha incesante por el poder entre los políticos se ha unido una renovación de la violencia paramilitar que la gran mayoría de la gente esperaba que hubiera terminado con la disolución de las Fuerzas Armadas en 1995.

El ataque al Palacio el 17 de diciembre, un episodio violento que dejó cuando menos ocho muertos –incluyendo cinco de los atacantes–, fue tipificado rápidamente por

Robert Maguire: director de programas en Asuntos Internacionales en el Trinity College, Washington, D.C.; director del Trinity College Haiti Program.

Palabras clave: situación política, Haití.

algunos como un intento de asesinato contra el presidente (quien estaba durmiendo en su residencia suburbana), y por la línea dura de detractores de Aristide como un «montaje» del Gobierno. El suceso causó inmediata conmoción, provocando una airada respuesta de algunos partidarios gubernamentales, quienes se lanzaron a las calles para tomar furiosas represalias contra las oficinas y hogares de los enemigos más vociferantes de Aristide, incluyendo su antiguo aliado, Gerard Pierre-Charles, ahora líder prominente de la opositora coalición de minorías Convergencia Democrática (CD). El combustible de esas represalias fue la respuesta opositora al ataque contra el Palacio. Tal como lo hicieron en julio de 2001, cuando un ataque armado a la Academia de Policía dejó un saldo de varios muertos, los líderes de la oposición condenaron inmediatamente al Gobierno, acusándolo de «montar» el golpe para orquestar luego ataques contra ellos, en lugar de denunciar la violencia, las muertes y la amenaza a la seguridad nacional que representaban los agresores.

Aunque varios funcionarios gubernamentales –incluso Aristide– se pronunciaron contra las represalias, y el ministro de Justicia creó una comisión para investigar los «delitos» posteriores al ataque al Palacio, la oposición intensificó su

agresión verbal contra Aristide y su gobierno. Su retórica se inflamaba con críticas internacionales como las declaraciones de un anónimo funcionario estadounidense sobre «el fracaso del gobierno haitiano en proteger a su pueblo de la violencia mafiosa». Tal es la ponzoñosa atmósfera política que se respira dentro –y más allá– de Haití.

Sin embargo, a medida que se aclaraba el ambiente en Puerto Príncipe, las prematuras acusaciones de montaje aparecían cada vez más fuera de lugar. Entre las personas capturadas por las autoridades haitianas o implicadas en el ataque por los prisioneros, se encuentran antiguos funcionarios de la Policía Nacional de Haití y/o de las desbandadas Fuerzas Armadas haitianas (FAD'H), incluyendo a varios individuos comprometidos en el ataque de julio a la Academia de Policía. La evidencia reunida por la policía indica que aparentemente los comandos planearon el asalto del Palacio en República Dominicana, donde se habían refugiado varios de ellos, incluyendo al presunto cabecilla Guy Philippe, ex-jefe de la policía y veterano de las FAD'H. Philippe, quien también tiene vínculos con funcionarios haitianos exiliados en Ecuador después de un anterior y fallido golpe de Estado, fue detenido por el gobierno dominicano, que hasta el momento se ha negado a devolverlo a las autoridades haitianas.

Si bien no están directamente implicados en este incidente, los enemigos políticos de Aristide, con su retórica avinagrada y su intransigencia hacia el Gobierno, muy probablemente han envalentonado a los vestigios de las fuerzas militares y paramilitares de Haití inclinados a recurrir a las armas y a la violencia para solucionar diferencias y tomar el poder. De hecho, meses antes al menos un líder de la oposición había solicitado públicamente el retorno del ejército haitiano como un medio para derrocar a Aristide. Tales declaraciones han tendido a reforzar la falta generalizada de respaldo popular a los grupos de la oposición, muchos de los cuales están ampliamente asociados con el Parlamento de 1997-1998, que maniató al gobierno de Preval con su intransigencia e inacción y, como tal, contribuyó en forma significativa a la génesis de la crisis política actual. En Haití, muchos siguen viendo a la CD como una colección de políticos fracasados, más interesados en sacar a Aristide que en encontrar soluciones para la miríada de problemas del país.

Según se informa, esos problemas, combinados con denuncias de corrupción y despilfarro dentro de la administración de Aristide, así como la incapacidad general del Gobierno para satisfacer eficazmente las expectativas de los ciudadanos, están comenzando a motivar un

cinismo creciente tanto hacia Aristide como hacia sus detractores, y una renovación concurrente del tipo de movilización popular para exigir cambios políticos y económicos que se vio en todo Haití durante la década de los 80. Tras años de esperanzas frustradas, liderazgo público sin garra y turbulencia política, una vez más organizaciones de la comunidad sin filiación política parecen estar ganando ímpetu como agitadores en pro del cambio.

Mientras tanto, el gobierno de Aristide sigue atado de manos por la falta de recursos y la turbulenta controversia política que aún lo envuelve. A pesar de la detallada propuesta para solucionar la crisis electoral, presentada a la OEA el verano pasado y avalada luego por esa organización, ha sido poco el progreso real alcanzado en la resolución del conflicto. En consecuencia, Aristide no ha podido desbloquear lo que, según informes, asciende a alrededor de 500 millones de dólares de ayuda internacional para el desarrollo, que han permanecido congelados durante varios años (principalmente por instrucciones de Estados Unidos). La coalición opositora –que tiene más aliados fuera que dentro de Haití– sigue aferrada a su posición de crítica estridente y cero negociación. Con las secuelas del ataque al Palacio y en esta atmósfera permanente de recriminaciones

políticas, se han oscurecido las perspectivas de una solución mediada por la OEA para los problemas relacionados con las pasadas elecciones, mientras el último informe de esa organización sugiere que internamente se está discutiendo cada vez más una

intervención más agresiva en Haití mediante la aplicación de la Carta Democrática Interamericana adoptada en 2001 durante la Cumbre de la OEA en Perú.

Washington, D.C., enero de 2002

 **NUEVA SOCIEDAD** www.nuevasoc.org.ve

Anuario Social y Político de América Latina y El Caribe



Anuarios

Anuario de la Integración Regional en el Gran Caribe 2001

